

MUJERES DE LA IZQUIERDA RADICAL EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Gina HERRMANN

University of Oregon

*What is the meaning of the triad:
lyricism/revolution/youth ?*

Milan Kundera, *The Art of the Novel*.

Los historiadores franquistas se aseguraron de que las mujeres que lucharon en la guerra civil española no quedasen reflejadas en los libros de historia más que como prostitutas que seguían caprichosamente a los hombres jóvenes, camino del frente, en los emocionantes primeros días de la contienda. Desde 1997 he viajado por España y Francia recogiendo testimonios orales de milicianas o activistas de retaguardia españolas y catalanas¹. Comencé a trabajar con la intención de contribuir al actual proceso de recuperación de sus historias fuera de la versión represiva y franquista de la guerra civil. Sobre todo en los últimos cuatro años, la miliciana, crecientemente idealizada e integrada en la cultura popular, se ha convertido en un tema favorito de los medios de comunicación españoles más progresistas y también de la prensa académica estadounidense.

Quise ponerme en contacto con el mayor número posible de estas combatientes, no sólo por la motivación ética e histórica de recuperar del olvido sus historias sino también para participar activamente en el recuento y reconfiguración de lo que la historiadora del Oriente Medio, Miriam Cooke, llama «the War Story» —el relato de guerra—. El relato de guerra, según Cooke, es el marco narrativo que impone un orden en la experiencia generalmente confusa de la guerra. El relato de guerra reduce la locura de la guerra, su misma incomprendibilidad, a un sistema de oposiciones binarias en un intento de aprehender y hacer comunicables un conjunto de hechos traumáticos. El relato de guerra es mítico, masculino y épico; esencializa a los hombres como defensores agresivos y a las mujeres como pacíficas madres y amantes; insiste en categorías claramente definidas de víctima y vencedor. En el caso de España y de la guerra

civil española, el relato de guerra es la versión franquista de los hechos, la visión de la Iglesia, según la cual la política progresista de la Segunda República amenazaba con desgarrar el tejido de la sociedad española al dar voz y poder a las mujeres y a las clases trabajadoras.

Viajé a España para reunir las historias de las milicianas confiando en que sus «testimonios» constituirían lo que Cooke llama la «actividad» que se encuentra en los relatos de guerra de mujeres:

Instead of endlessly repeating tales of roles and experiences in which war mirrors the experience of its predecessors, war stories should allow for the narration of war's dynamism and incomprehensibility [...]²

Lo que Cooke postula, y que se ha convertido en la motivación de mi propio trabajo, es un desafío a la autoridad de aquella experiencia que se deriva del recuento legitimado de la historia de la guerra. Si las mujeres cuentan y /o escriben sus relatos de guerra de modo que reflejen o incluso ensalcen la sordidez de la guerra, entonces las narradoras y los estudiosos que difundan sus historias deben ser capaces de interrumpir ciertas historiografías estáticas. El objetivo a largo plazo, tanto de las narradoras como de sus entrevistadores, es cambiar la forma de contar el relato de guerra y, así, aportar un comentario sobre la manera en que quizá se hagan —y se cuenten— las guerras venideras.

Ahora bien, mientras el socialismo postfranquista ha creado un espacio político en el que la miliciana ha podido recuperar su prestigio y honor como soldado de la democracia, la izquierda ha fabricado deliberada y decididamente un nuevo mito de la miliciana. En el postfranquismo se está formando un segundo relato de guerra, liberal pero inactivo, que reduce a estas mujeres no a prostitutas como había hecho la versión franquista, pero sí a luchadoras-heroínas (no héroes sino heroínas) bidimensionales. Y esta nueva narrativa deriva en buena medida de lo que podría ser la épica socialista o comunista del héroe proletario revolucionario, una imagen reforzada por ciertas representaciones tan problemáticas como la película *Libertarias* de Vicente Aranda sobre milicianas anarquistas.

Yo abracé con entusiasmo esta nueva visión de la miliciana. Fui a España lista para unirme a la apoteosis de la mujer guerrera-heroica, valiente, aguerrida, pistolera, fabricante de bombas, terror de fascistas. Lo que encontré me pilló totalmente desprevenida. Aquel viaje me enfrentó a un cúmulo de falsas expectativas.

- Esperaba encontrar pocas mujeres. Encontré docenas de ellas dispuestas a reunirse conmigo y en cinco años sólo he podido entrevistar a una treintena.

- Les pedí que usaran el pronombre «yo» en la medida de lo posible. Estaba buscando la voz individual y diferente que es característica de tantas autobiografías de guerra masculinas. Mi petición les confundió y en su mayoría tendían a usar

«nosotras». Esta barrera a la memoria individual no debería haberme sorprendido; tanto la guerra como el socialismo son fenómenos que funcionan a través de acciones e identidades colectivas.

- Pensaba que la experiencia más influyente en sus vidas habría sido los meses que pasaron como soldados en primera línea, confrontando las estrictas jerarquías de las culturas proletaria y militar españolas. Creía estar ahí para recopilar relatos heroicos de mujeres combatientes, pero acabé recogiendo testimonios atrozmente dolorosos que recalcan las experiencias de cárcel, exilio y campos de concentración en las vidas de unas mujeres que habrían de sufrir la agresión del fascismo a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial e incluso hasta los años setenta.

Particularmente entre las comunistas, los testimonios expresaban un patrón de vida típico y reiterado: una muchacha nace en el seno de una humilde familia obrera o campesina en la que el padre está generalmente implicado en actividades comunistas o socialistas. Influida por el compromiso político paterno y bajo la tutela de éste o de un hermano mayor, la muchacha aprende a entender su entorno en clave de opresores y oprimidos. En la adolescencia trabaja o, si tiene suerte, va a la escuela. Recibe con entusiasmo la Segunda República, que parece ser la respuesta tanto tiempo esperada a la injusticia social. Cuando el levantamiento militar de Franco amenaza con destruir la libertad recién conseguida y la esperanza de reformas, la adolescente proletaria se une a una milicia y parte para recibir un rudimentario adiestramiento militar.

¿De dónde sacaron la fuerza para luchar en primera línea o para acometer peligrosas tareas en la retaguardia? Las respuestas fueron claras y sencillas: inspiradas por el ejemplo de la revolución bolchevique, estas adolescentes pertenecían a organizaciones juveniles socialistas o comunistas que (al menos teóricamente) hacían hincapié en la igualdad de hombres y mujeres, sus familias apoyaban su compromiso político y había muchos ideales progresistas que defender. Para ellas la cosa estaba clara: los pobres y las clases trabajadoras no tenían nada y los terratenientes, militares y empresarios tenían todos los privilegios, todo el poder y toda la riqueza. Bajo la Segunda República, las circunstancias de la vida diaria estaban empezando a mejorar para las clases bajas, y era evidente para estas adolescentes que si Franco ganaba, las masas trabajadoras iban a sufrir. Unirse a una milicia era una parte natural de su microcultura. Su entusiasmo era ingenuo, tal vez, pero sincero. El adiestramiento para el combate fue breve e ineficaz. Las armas eran tan anticuadas que a menudo a los rifles les salía el tiro por la culata. Algunas de las milicianas eran de constitución tan pequeña y débil, que la fuerza del fusil al disparar literalmente las derribaba. Y sin embargo, a pesar del miedo y del aburrimiento y de la fragilidad física, declararon haber vivido en las trincheras como iguales a sus camaradas masculinos, aunque sólo fuera por unos meses. Muy pocas de ellas llegaron a participar activamente en combate. Cuando las mujeres fueron obligadas a abandonar sus posiciones de pri-

mera línea, la mayoría de estas luchadoras pasaron a trabajar en fábricas que apoyaban el esfuerzo bélico. En los largos y oscuros días que siguieron a la toma por Franco de las últimas ciudades, muchas de estas mujeres fueron inmediatamente arrestadas y encarceladas, muchas huyeron al exilio y a un destino incierto en manos de fascistas extranjeros, y otras se incorporaron a la lucha clandestina. Y fue en aquel momento, en la confusión de su trágica derrota, cuando muchas de ellas se quedaron embarazadas.

Los testimonios reflejan hasta qué punto las vidas de estas mujeres se volvieron, y en cierto sentido continúan siendo, incomprensibles para ellas mismas como resultado de la incompatibilidad entre encarcelamiento, resistencia antifranquista y maternidad. Todas las mujeres a las que entrevisté sentían que la relación con sus hijos se vio muy afectada por las consecuencias de su involucración política y militar. Los testimonios grabados no sólo forman parte de una experiencia colectiva de lucha de clases sino que insisten en la imposibilidad, el dolor, la sordidez de la guerra de tal forma que destruyen el paradigma bélico que no deja sitio para un soldado, un preso, un revolucionario que simultáneamente funcione como figura materna.

Lo que más me intriga en las historias vitales de estas mujeres es que su incapacidad para articular sus recuerdos dentro de una voz colectiva de resistencia se debió en gran parte a que buscaban imponer sobre sus propias vidas una interpretación oficial, a menudo de corte socialista, de la guerra. En otras palabras, aunque todas estas luchadoras y activistas deseaban conscientemente alejarse de la narrativa conservadora de la guerra civil que las había encasillado como «putas rojas», no se daban cuenta de que la interpretación progresista de la historia que ellas abrazaban también las «esencializaba» de otras maneras no menos problemáticas. Y si bien todas y cada una de las historias vitales que recogí acaban siendo, en definitiva, narrativas contestatarias que destruyen los paradigmas binarios típicos de la historia militar, las mujeres no tenían conciencia del momento de ruptura, ese punto en el que una variedad de patrones del relato de guerra masculinista tradicional —particularmente ese subgénero que podríamos llamar «el discurso del soldado revolucionario»— ya no sirven para relatar la experiencia de sus vidas. Los recuentos de las trayectorias vitales de estas mujeres no se ajustaban a patrones reconocibles para ellas mismas como autoras de la reconstrucción de sus propias experiencias precisamente porque para el rol histórico que ellas vivieron —la protagonista soldado-madre— no existe un modelo cultural establecido. Por ello, pese a que sus historias orales desafían las versiones autoritarias del relato de guerra, estas mujeres también son víctimas de la comodidad que dicho relato les proporciona al permitirles ver sus propias vidas desde un prisma conocido.

La maternidad es la cuestión clave. No fue casualidad, me parece, que en la mayoría de las historias orales, la incompatibilidad entre sus identidades como

soldados y las exigencias de la maternidad al final de una guerra perdida provocara que las reconstrucciones narrativas de las vidas de estas mujeres se desviarán drásticamente de una reinterpretación mítica occidental.

Tras la caída de las últimas ciudades bajo el peso del avance franquista, muchas de las mujeres fueron inmediatamente arrestadas y encarceladas, mientras que otras se incorporaron a la lucha clandestina. Y fue en ese momento, en la confusión de su trágica derrota, cuando la mayoría de las mujeres con las que hablé se quedaron embarazadas. Con la maternidad, la linealidad del modelo narrativo tradicional de la guerra se descompone. La narrativa tiene que separarse de la versión oficial de la izquierda o de la derecha porque, de acuerdo con los modelos según los que aprendemos a imaginar la guerra, no existe una imagen del soldado que es madre al mismo tiempo. Tradicionalmente, y a través de las culturas, ambos roles se han percibido como mutuamente excluyentes, a pesar de la equivalencia simbólica entre el parto y el combate bélico. Uno y otro son actos de liminalidad, regeneración, dolor y esfuerzo físicos, poder, pertenencia, posesión; ambos son temas de leyenda. Nancy Huston explica que:

Of course, the mutual exclusiveness between war —or hunting— and motherhood is largely mythical. However, myths are not passive objects that one can choose to contemplate, or not to contemplate, at one's leisure. They are powerful acting forces which influence the behavior of those who hear and transmit them. Thus, even if there is no wholly convincing physiological justification for it, the mythical exclusiveness between motherhood and war can very well be *actualized* —and, consequently, any number of real cases can appear to «confirm» it.³

Cuando las narradoras comenzaron a recordar el periodo de posguerra, durante el que fueron separadas de sus hijos, encarceladas, y algunas de ellas torturadas, empezaron a desarrollar un nuevo tipo de narración. La autorreconstrucción narrativa dejó de emular los patrones bien delimitados del modelo épico-heroico y pasó a adoptar las características de lo que Miriam Cooke teoriza como «woman's war story», un relato de guerra femenino: cíclico, disyuntivo, organizado en torno a episodios de trauma, comunal. Hasta los primeros años setenta, estas mujeres y sus hijos habían tenido que soportar la incomodidad emocional, económica y social de vivir en una posición que es imposible en cualquiera de las mitologías de la guerra civil, *tanto* progresistas *como* franquistas.

Otro elemento que tienen en común los relatos de guerra de las milicianas, aparte de la experiencia de soldados valientes, presas, y madres dolorosas, es una perenne preocupación por su capacidad para transmitir a las generaciones venideras un legado de resistencia que en definitiva está asociado a la conciencia de su maternidad parcialmente fallida. Nada les da tanta pena como que sus hijos no hayan continuado «la lucha». Ajenos a la política, distanciados de la historia y de las consecuencias de la guerra, neuróticos o psicóticos, introvertidos, temerosos o indiferentes, sin puestos de trabajo dignos, residentes en España o

exiliados, los hijos adultos de estas milicianas no han seguido por lo general la lucha de sus madres. A una comunista, E. Sánchez, le preocupaba especialmente mi ideología: yo era estadounidense, ¿no era una capitalista? ¿cómo iba yo a utilizar su testimonio si no era para defender la causa socialista? ¿merecería yo su confianza como compañera de viaje?

Dejé España con la sensación de que de forma limitada pero significativa mi intervención en sus vidas había servido para cubrir los huecos personales e ideológicos entre las facetas de soldado y madre de estas antiguas milicianas. Al ir a su encuentro y grabar sus versiones de sus experiencias vitales, potencialmente les ayudé a ver que podían crear un nuevo relato de la guerra, un relato cuyo protagonista fuera soldado y madre y que permitiera organizar el caos y el dolor desgarrado de la guerra en otra cosa que no fuera caos y dolor.

A pesar de todo lo que perdieron, Eugenia, Trini, Toya, Rosario, Concha, Manolita y las demás expresaban la esperanza de que por lo menos los más degradantes falsos recuerdos de la empedernida historiografía fascista hubieran sido extirpados de la imaginación española. Una vez más, estaba equivocada. Tras mi primer viaje en 1997, en el avión de vuelta a Nueva York, me senté entre los diecisiete miembros de una familia salmantina que viajaban a los Estados Unidos para una boda. Compartieron conmigo su deliciosa hornacha casera. Nos pusimos a charlar. Cuando les expliqué el trabajo que había estado haciendo en España, la madre me miró con verdadera pena y dijo: «Oh, pero no sabes, mujer, que todas esas milicianas eran prostitutas. No te engañes». Pese a la consternación que me produjo, ese comentario sirvió para aumentar el sentido de urgencia y necesidad de nuestro proyecto: sacar a la luz recuerdos de dolor y de derrota es una intrusión no siempre bien recibida en las vidas de quienes han tenido una historia traumática. Pero dejar que esas historias se pierdan junto con sus protagonistas significaría colaborar con las fuerzas que trataron de someter a una generación de mujeres españolas y catalanas que, por primera vez en la historia de su país, se levantaron en armas en una lucha revolucionaria contra los poderes absolutistas que pretendían borrar a las mujeres trabajadoras de su lugar en la historia de la guerra civil española. Mi deseo más ferviente es que la futura publicación de los testimonios de estas valerosas militantes españolas y catalanas sirva para mostrar a las jóvenes de España y de otros países las verdaderas posibilidades de la acción contra las manifestaciones posmodernas de la injusticia, el clasismo, sexismo y racismo en un marco de coalición y solidaridad.

¹ En la actualidad estoy preparando una colección de testimonios de las mujeres de la guerra civil española que se publicará acompañada de un disco compacto con una selección de las entrevistas grabadas.

² M. Cooke, *Women and the War Story*, Berkeley, Universidad de California, 1996, p. 40.

³ N. Huston, « The Matrix of War: Mothers and Heroes », en S. R. Suleiman (ed.) *The Female Body in Western Culture*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, p. 129.

Bibliografía

BEVERLEY J., «The Margin at the Center: On *Testimonio*.», en S. Smith; J. Watson, *De / Colonizing the Subject: The Politics of Gender in Women's Autobiography*, Minneapolis, Universidad de Minnesota, 1992, p. 91-114.

COOKE M.; WOOLLACOTT A., (eds.), *Gendering War Talk*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

COOKE M., *Women and the War Story*, Berkeley, Universidad de California, 1996.

ELSHTAIN J. B., *Women and War*. Nueva York, Basic, 1987.

HUSTON N. «The Matrix of War: Mothers and Heroes» en S. R. Suleiman (ed.), *The Female Body in Western Culture*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, p. 119-36.

LEJEUNE P., *On Autobiography*, Minneapolis, Universidad de Minnesota, Ed. Paul John Eakin, 1989.

Filmografía

Aranda V., *Libertarias*, Lolafilms S.A., 1996.